

# Paisajes literarios y caminería literaria en México y Colombia. Una gran oportunidad para el desarrollo del turismo cultural

*José Lubín Torres Orozco<sup>1</sup>  
Gabriel Medrano de Luna<sup>2</sup>*

## **Introducción**

Este texto forma parte de un proyecto mayor en el que deseamos dar cuenta de los paisajes literarios y la caminería literaria en México y Colombia, como una gran oportunidad para el desarrollo del turismo cultural de nuestros pueblos. Este interés surge porque los autores del texto llevan años compartiendo el camino, reunidos diversas veces en España para participar en los congresos de caminería hispánica convocados por don Manuel Criado de Val y su esposa Felisa Borasteros.

El proyecto emprendido sobre la caminería ha permitido otros encuentros tanto en Colombia como México. En dichas

---

1 Universidad Nacional de Colombia, Medellín. Organización Caminera de Antioquia, Camineriacolombia SAS.

2 Doctor en Ciencias Sociales. Miembro del SNI. Profesor-investigador de la Universidad de Guanajuato. Contacto: gmedranodeluna@hotmail.com

reuniones se ha discutido y analizado la construcción de una red de caminería latinoamericana para dar cuenta desde otra óptica el estudio de los caminos, así como también del patrimonio cultural de los viajes literarios que integran la caminería, la lectura y descripción del paisaje, además del territorio vivido y descrito por los escritores tanto en Colombia como en México.

En este texto exponemos un primer avance abordando, esencialmente, el caso de Antioquia, Colombia, para dar cuenta de algunas metodologías que permiten fortalecer el turismo cultural empoderando a las comunidades visitadas, de manera que, a partir del reconocimiento y valoración de sus paisajes literarios e identidad, apoyen un verdadero desarrollo humano y territorial, impactando positivamente en el alma colectiva y tejido social, y en el enriquecimiento social y la economía. El patrimonio cultural de los viajes literarios que integra la caminería, la lectura y descripción del paisaje y el territorio vivido, ha sido, normalmente, dejado de lado y se ha subvalorado su potencial para el fortalecimiento de la conciencia ambiental y el rescate de la memoria e identidad comunitaria. Los viajes literarios propuestos permiten a los participantes no solo acercarse a los paisajes descritos en los libros objeto de los recorridos, sino también describir los propios mediante una experiencia vivencial acompañada de un taller de lecto-escritura desde el camino.

El departamento de Antioquia, en Colombia, está ubicado en una región que geográficamente tiene características muy especiales, al poseer una alta variabilidad de paisajes, zonas de vida, caminos, comunidades, biodiversidad, e innumerables recursos naturales, los cuales hacen parte del corredor de selva tropical húmedo que se extiende desde Perú, pasa por el corazón de la Amazonía en Ecuador, Brasil y Colombia, y va hasta Panamá y Costa Rica. Es una de las regiones que posee mayor biodiversidad remanente o «sobreviviente», ya que existen miles de especies nativas que se escondieron del rigor y la severidad destructiva de las últimas edades de hielo en los llamados «refugios de vida silvestre», principalmente ubicados en las selvas húmedas tropicales.

La variabilidad paisajística se relaciona principalmente a que esta región se encuentra en una zona tectónicamente muy activa; durante el curso del levantamiento de la cordillera de los Andes se dio un proceso de alteración gradual de los ecosistemas premontanos, montanos y paramunos, en el cual las especies existentes debieron desarrollar nuevas capacidades o adaptaciones acordes con las leyes de selección natural.

A la llegada de los españoles, estos encontrarían selvas tupidas y prístinas, las cuales debieron enfrentar con sus deseos de oro y conquista en esta región. Los únicos caminos que descubrirían serían los ríos navegables, principalmente el Atrato, el Cauca y Magdalena (Botero, 2003) y aquellos que habían sido utilizados durante milenios por los indígenas. La Corona española poco se interesó, durante los primeros siglos posteriores a la conquista, por abrir nuevos caminos, mucho menos por hacerle mantenimiento a los ya existentes. Después de 200 años, y ante las quejas continuas de los españoles en Colombia por el mal estado de los caminos, la Corona empezó a considerar el tema y dio algunas normatividades, que si bien tuvieron intención de mejorar esta problemática, simplemente no mejoraron notablemente el estado de los caminos en el reino de Indias (Botero, 2003).

Se puede resumir la transición de la red de caminos desde la conquista de la manera como menciona Muñoz (2005): a partir de la red intrincada de caminos prehispánicos, los conquistadores españoles pudieron, inicialmente, reutilizarlos y renombrarlos como caminos reales o coloniales, los cuales fueron usados de manera intensa como caminos de herradura durante la apertura de la colonización de baldíos a través de las concesiones de tierras otorgadas a partir de la gran reforma agraria del siglo XIX. Estos caminos fueron reciclados para darle paso a las carreteras de uso vehicular que conocemos actualmente; la introducción del ferrocarril y del vehículo en Colombia determinarían umbrales en la transformación de estos. Botero (2003) también apunta, en este sentido, que los españoles no hicieron otra cosa que criticar los caminos durante siglos porque no se adaptaban a las herraduras finas de los caballos en las partes empedradas, y porque durante las temporadas de lluvia, los suelos de los trópicos se tornaban lisos, llenos de derrumbes, ásperos y fragosos para los caballos. Más de dos siglos después de la conquista, la Corona española empezó a contemplar algunas leyes, las cuales nunca solucionaron las grandes dificultades que subsisten hasta nuestros días (Botero, 2003).

Los cronistas españoles, como Cieza de León y Juan de Castellanos, describen con maestría los maravillosos paraísos que encontraban en sus viajes en Antioquia, pero también las dificultades y culturas exóticas. Los conquistadores poco se interesaron por hacer un inventario natural o cultural, y menos por su conservación o interés científico, y fueron casi totalmente cegados por las imposiciones transoceánicas de riquezas representadas en el mítico Dorado. Durante los viajes de los naturalistas europeos, se hizo un descubrimiento

e inventario inicial de la riqueza natural y cultural de esta región. Sin embargo, la mayoría de estos naturalistas, como Mutis, Humboldt, Gosselman o Bous-singault, tenían formación en geología y/o mineralogía, y a pesar de su fascinación por los trópicos andinos, no escaparon a seguir trasegando el mítico Dorado por encargo de algún rey, virrey u otra Corona europea. La literatura se asoma tímidamente en estos viajeros europeos como una forma de mostrar al mundo territorios desconocidos y que extasiaban los sentidos de estos curiosos viajeros románticos. Como ejemplo podemos citar este texto de Gosselman:

De todas maneras los saltos y ríos arremolinados eran un grave peligro. Parecía que fueran colocados como prueba antes de dar el permiso de ingresar a Antioquia. Por eso las pendientes del Nare las entendíamos como una escala muy dificultosa de subir. Desde la embarcación se observan las altísimas paredes rocosas que muchas veces caen verticalmente hacia el río, entre picos cubiertos de bosques verdes donde los papagayos establecen su centro de juegos y ruidos, junto a una banda de micos que hacen tanta o más algarabía; se escucha el ruido cadencioso de las caídas de agua y se ven su blanca espuma y sus fuertes remolinos buscando el sendero que las lleve a tierras bajas. Mientras la vista y el oído se entretienen con cada uno de estos detalles, siento que puedo respirar aire puro y gozar de mayor libertad... Este tramo parece ser el prólogo del gran drama que la naturaleza quiere entregar al viajero, mostrar la belleza de los Andes, como la obertura gigantesca, donde se pueden encontrar las características más sublimes de los sentimientos y sensaciones humanas. (1979, p. 174-175)

Lo más trascendental de esos viajeros románticos europeos sería que dejarían su huella en el deseo de muchos intelectuales criollos de realizar viajes similares con su respectiva ilustración. Así es como Jorge Isaacs, Manuel Pombo, Manuel Uribe Angel, Tomás Carrasquilla, Porfirio Barba Jacob y León de Greiff, entre otros, se contagian de romanticismos viajeros, de montes y caminos, e inician un ciclo de cultura literaria viajera y caminera poco observada en épocas anteriores. Es común el canto a la naturaleza, al arriero, al viento, al paisaje, al campesino, a la dificultad del camino, al indígena, al mito y la leyenda, entre otras figuras recurrentes.

En los años posteriores, esta gran ola de viajeros literarios, o literatura de los viajes, inspira a grandes autores en Colombia y América Latina, entre ellos, Fernando González, Aurelio Arturo, Gonzalo Arango, Alvaro Mutis, Gabriel

García Márquez y William Ospina en Colombia, así como Juan Rulfo y Octavio Paz en México.

Precisamente esta ha sido la inspiración de entusiastas viajeros y camineiros que desde el año 2007 soñaron con integrar la caminería literaria, la lectura del paisaje y el territorio, y realizar proyectos turísticos que apoyen estilos de vida saludable y la conciencia ambiental, rescatando el patrimonio cultural. Involucrando a caminantes y viajeros en proyectos de rescate y divulgación de los valores patrimoniales de las comunidades visitadas, este tipo de turismo y caminería literaria se unió a una causa de turismo sostenible en las comunidades visitadas.

### **El viaje a pie: lectura del paisaje desde el caminar**

Este sueño de fusionar caminería y literatura empezó con unos pocos entusiastas que se apasionaron por realizar el «Viaje a pie» (2016) que el filósofo Fernando González realizó en 1928. Motivado por el renacimiento de las ideas y del deseo de aventura y conquista de un territorio perdido en el imaginario, en el municipio de Envigado, Antioquia, Colombia, vivió el filósofo Fernando González a principios del siglo xx. Al igual que en la búsqueda de Itaca, narrada por el poeta Cavafis, el barzonear por la Alcarria de Camilo José Cela, o el mismo proceso de autodescubrimiento narrado por Petrarca al escalar el monte Ventoso, realizó una búsqueda interior, una exploración y conquista de su propio universo a través del viajar caminando hacia nuevos horizontes.

A finales de 1928 iniciaría un viaje de varios meses hacia el suroccidente de Colombia hasta llegar a la costa pacífica. Una travesía de cientos de kilómetros que le permitiría redescubrir los nuevos caminos en una sociedad petrificada por las tradiciones y el miedo al qué dirán, e igual que el poeta contemporáneo León de Greiff, buscó nuevos escenarios para el entendimiento de una sociedad que consideró enferma para la época, donde era casi imposible pensar o criticar los dogmas religiosos o políticos.

Fernando González nos invita a disfrutar los dones del caminar lento abriendo los sentidos a ese paisaje siempre cambiante, siempre cargado de huellas y símbolos que constituyen nuestro ser, barzonear, el arte de sentirse nómada y vagabundo, del viajar caminando por hermosos e inagotables paraísos y agrestes territorios de formas sin fin; pero, principalmente, a hacer una lectu-

ra y reflexión sobre el paisaje vivido, a agudizar nuestra sensibilidad y asombro ante todos los colores y multidimensionalidad del diario vivir, y a encontrarnos en la soledad y el silencio del camino, y llegar a lo más profundo de nosotros mismos como elemento transformado y transformador.

Sentirnos fugados, extranjeros, extraños al ruido, a la vida monótona cotidiana, a la producción en masa y obediencia del principio consumista-capitalista impuesto por la racionalidad instrumental, escaparnos por instantes a las geometrías de poder configuradas por las redes sociales modernas, esa es la gravedad que nos lanza al camino. Espíritus entusiastas con un renaciente romanticismo por encontrar paraísos escondidos y compartir con agradables camaradas de viaje su infinita belleza escénica, tal como son los caminos antiguos, los bosques naturales, ríos y cascadas, valles y montañas en cascadas sin fin que circundan nuestra geografía andina. Esas son las motivaciones interiores que unen a contadores, obreros, antropólogos, geógrafos, historiadores, sociólogos, ingenieros, guías turísticos, secretarías, operarios, entre otros profesionales que se han sumado a esta aventura.

Aunque en 2009 y 2010 el número de participantes estuvo entre 10 y 20, en los años siguientes el número de participantes siempre estaría entre 30 y 40 participantes. Administraciones locales, comunidades campesinas, grupos de caminantes, ambientalistas y culturales de los municipios visitados, se sumarían a las actividades de este camino espiritual y literario. Hasta el día de hoy, con 15 años de realización de la travesía, este camino se ha convertido en una ruta única por sus características peculiares, y en un referente nacional para caminantes, senderistas, o simplemente «viajeros a pie» que desean, siguiendo las huellas del «Brujo de Otraparte» (seudónimo de Fernando González), abrir sus sentidos a la lentitud perceptiva del viaje, reencontrándose con su territorio, con su historia y consigo mismos. En la imagen 1 puede observarse a los impulsores de esta iniciativa.

Durante sus 15 años, han participado en el proyecto más de 600 viajeros. Muchas administraciones han incorporado la ruta del «Viaje a pie» como uno de sus atractivos y valores patrimoniales. Realizamos esta ruta cultural varias veces al año con apoyo de las comunidades campesinas y pueblerinas, las cuales se benefician, a su vez, del proyecto. Se han inventariado y caracterizado más de 500 kilómetros de caminos ancestrales de la colonización antioqueña, convirtiéndose, este proyecto, en un verdadero laboratorio y observatorio de la transformación de los paisajes culturales cafeteros y de la colonización, que

Imagen 1. Líderes de proyectos de caminería literaria y cultural en Antioquia en un encuentro en la Corporación Otraparte.



De izquierda a derecha: Julio Hernán Calle, Carlos Valle, José Lubín Torres, Luis Fernando Cuartas y Jesús Antonio Camacho.

en algunas regiones fue declarado patrimonio de la Unesco, permitiéndonos leer, año tras año, la pérdida del patrimonio de la red de caminos ancestrales por la vías vehiculares, el deterioro de bosques, quebradas y paisajes cafeteros tradicionales por nuevos usos y economías del suelo, como los cultivos aguacateros y ganaderos.

Este proyecto apunta, también, a empoderar a grupos camineros, patrimoniales, ambientales y comunidades campesinas para que reconozcan y se apropien de este patrimonio invaluable no solo como un símbolo indeleble de nuestra memoria cultural ancestral, sino también como un medio para su desarrollo, ya que abre oportunidades que aún no se han explorado lo suficiente, y pueden marcar un punto de inflexión en la manera como se ha pensado la sostenibilidad ambiental y el desarrollo territorial, pues brindan, a la vez, estilos de vida saludable, educación y sensibilidad ambiental, manejo del tiempo,

el ocio y la recreación, rescate del patrimonio y la memoria, nuevas alternativas económicas, y fortalecimiento del tejido social, aumentando las oportunidades para generar cadenas de valor a nivel empresarial y riqueza social. En la imagen 2 se puede apreciar una panorámica general del recorrido.

Desde la antigüedad, el sentido del viaje está íntimamente relacionado con la descripción de paisajes, y su narrativa se evidencia con los viajes de los peninsulares durante la conquista, con el deambular de los aventureros europeos en América, o naturalistas como Mutis y Von Humboldt. Pero la relación del viaje con un análisis filosófico del paisaje físico y humano es menos frecuente. Es el «filósofo de Otraparte», Fernando González, un hombre y filósofo original, quizás el filósofo más original en toda Latinoamérica. Sin impresionar con copia de rancios o modernos academicismos, o con un ejercicio racional o enciclopédico fuera de lo normal, él vive su territorio, su morada, como la única función vital de su existencia. González «escribe con sangre», como dice el escritor William Ospina (2006), es un Zaratuza montañero que con sus intempestivas e inoportunas declaraciones conmovió no solo a la mentalidad postrada y petrificada de la época, sino que se perpetuó hasta nuestros días. Pero su originalidad no solo se deberá a su formación en otras disciplinas, como el derecho, sino por su gusto por los viajes y su amor a los paisajes naturales y campesinos, incluso para evitar conflictos con doctos y especialistas; él mismo se consideraba como un filósofo aficionado: «Nos llamamos filósofos aficionados para no comprometernos demasiado y porque ese nombre es mucho para cualquiera» (González, 2016, p. 33).

Inicialmente, el filósofo nos habla de la alegría, del ritual de la partida, el paroxismo de las funciones vitales al sentirse «viajero», hacia el camino, hacia un universo inagotable de hermosos –o quizá «difíciles»– paisajes; en definitiva, hacia la libertad: «Íbamos, pues, de cara al oriente, trepando a Las Palmas, por el camino bordeado de eucaliptus, entregados a nuestro amor a la juventud, al aire puro, a la respiración profunda, a la elasticidad muscular y cerebral» (González, 2016, p. 39). Es un hálito romántico de viajar hacia la naturaleza y escalar montañas, de buscar algo más puro, sagrado, mágico o misterioso en nuestro diario vivir, que esa supuesta verdad lógica, racionalista, utilitaria, positiva, eficiente, que la ciencia promete. Ser irreverente, navegar a contracorriente del utilitarismo o razón instrumental es el deseo del viajero y caminante, llegar al asombro de pararse en lo alto de la cumbre para sentir su espacio, para leer su hábitat, o simplemente para calmar su deseo de viajar observando

Imagen 2. Recorrido del proyecto «Lectura del Viaje a pie desde el camino» en el año 2021.



Fuente: Promoción Viaje a Pie de la empresa Camineriacolombia SAS

paisajes, un sentimiento fugaz a cualquier lógica de manipulación capitalista, presente ya en las antiguas filosofías orientales, registrado por Petrarca al subir el monte Ventoso, y continuado por Goethe, Thoreau o Baudelaire, entre otros, en la Europa moderna. Y llegaría a Colombia como una tormenta fernandiana, quien ve en el camino una senda para forjar el temple que endurece el espíritu:

Estas viejas son felices en el camino. «Soñamos con él cuando la necesidad nos obliga a quedarnos en casa». ¿Qué más propio del organismo humano que vivir al aire libre, respirarlo en toda su pureza, beber agua viva, comer los alimentos que nos ofrece la tierra, sin intervención del arte? Caminar es el gran placer para el cuerpo, pues todo está hecho para ello. (González, 2016, p. 52)

Redescubrir el espacio, la geografía, el paisaje de lo natural y social, su territorio en constantes disputas de poder, era el sueño del filósofo que encontró en el viajar a pie la mejor manera de conquistar, rehacer o reconstruir (o «deconstruir», según algunos filósofos existencialistas) ese imaginario que sobre una nación o región erróneamente se había formado. En este redescubrimiento y revaluación de su territorio, el filósofo se encuentra caminando una de las regiones más montañosas del mundo, plagada de fallas, inaccesibles cúspides y profundos cañones, caminos configurados para piernas fuertes y ligeras, para hombres con agilidad de mono, donde algunas veces hasta los caballos, mulas y bueyes más hábiles no podían pasar. De esta manera es la dureza del camino, objeto de la dialéctica del filósofo:

Subiendo a pie la vertiente del Arma tuvimos la impresión nítida de la dureza y pesadez que nos atrae hacia la tierra. ¡Qué dificultad para elevarse! Somos hijos de la tierra y sus parásitos; nos liga a ella, como un cordón umbilical, la ley de la gravedad. Por momentos la abandonamos, nos parece que existe otro ser que nos llama hacia las alturas aéreas; nos parece abandonar todo lo terrestre y después caemos más definitivamente abrazados a su seno materno; somos únicamente materia dura, materia grave. Cuando levantábamos las piernas para trepar hacia Aguadas tuvimos la impresión nítida de la atracción terrestre. Esta esfera dura es nuestra cuna y nuestro sepulcro. ¿Por qué deseamos abandonar esta madre? ¿Por qué los ímpetus de elevarse? ¿Por qué el Santo y el Héroe? Es un indicio, un leve indicio, de que hay en nosotros algo que no es terrestre. Ese leve indicio ha creado la metafísica y el misticismo. (González, 2016, p. 105)

Ya Fernando González nos hablaba en su viaje de modernas teorías de las ciencias del territorio y del paisaje; el patrimonio, la búsqueda del equilibrio hombre-naturaleza, la periurbanidad, la multidimensionalidad espacial, los sistemas complejos, el pensamiento sostenible, el caos biológico de este ser errante por la vida, la lúdica y el ocio, la interdependencia del Todo, la bipolaridad política desangrando al país, la psicología del Yo (individuo) y el Otro (colectivo) en relación con el pecado (neurosis), la política, el amor, todos son temas que aborda Fernando González, paso a paso, en su camino, como un iniciado, adelantado o visionario de su destino y realidad.

Este no es Manizales; es ya una enorme catedral principiada y grandes edificios de cemento. El verdadero Manizales comienza alrededor, a las siete cuadras de esos edificios y de las calles planas. Hoy Manizales parece un molar de la mandíbula andina relleno de cemento. El Manizales de hace diez años está en la Cuchilla y en San José... calles misteriosas que se hundían y más allá aparecen en la altura; casas que parecen adefesios que caminan en zancos; escaleras hechas en la tierra de esos callejones; escaleras misteriosas para subir a las casas. ¿Cuál es ese agrado tan intenso cuando a los veinte años vagamos por allí, sin objeto determinado, al anochecer? Es que el amor misterioso puebla esas callejas, esas casas ocultas, jaulas preciosas del amor efímero. Las ciudades planas no tienen, como ésta, un alma para cada calle. (González, 2016, p. 169)

EL Diablo es el gamonal de los pueblos antioqueños. Estos son caseríos edificadas en las cimas de las cordilleras o tendidos en la vertiente. Para llegar a ellos desde otro hay que bajar a un río, a la cortada que el agua ha hecho a los Andes juveniles y altos, caminar por la hondonada, atravesar un puente y subir casi gateando hasta la cima del otro repliegue. (González, 2016, p. 129)

Cuando el viajero va descendiendo, o mientras trepa la vertiente opuesta, contempla cascadas, casuchas inverosímiles puestas en los desfiladeros, semejantes a los cromos que hay en las cantinas de las aldeas; árboles inmensos entregados a la lascivia de las trepadoras; hermosas praderas; sembrados de café, plátano y maíz. ¿Qué hay en la tierra más hermoso que el sietecuecos florecido o el carbonero somnífero? Cuando el viajero transita por la orilla del río huele la tierra caliente, a pará, a yerbas abrasadas por el sol. Por allí, al ruido de sus pasos, huyen los lagartos rapidísimos y tornasolados, y se oye el canto de los

carriquíes. Arriba, cantan la mirla y el sinsonte, y en las revueltas lóbregas del difícil camino de la montaña sorprende al viajero el silbo burlón, casi humano, del pájaro solitario. Estas aves son de plumaje oscuro, y las de la orilla del río de plumas verdes y rojas, como si hubiesen absorbido toda la luz. Desde la cima se perciben los nevados; son de curvas preciosísimas, semejantes a los senos de la amada en el Cantar de los Cantares. (González, 2016, p. 129-130)

El camino de la muerte enfrentado al de la vida, la dualidad, alteridad, dicotomía, ambivalencia de lo viviente cobra fuertemente su sentido en el país de la bipolaridad política y religiosa: conservador-liberal, católico-ateo, cielo-infierno, bueno-malo, rico-pobre. El camino como laberinto y abismo de nuestras vidas; la posibilidad de la muerte que el camino siempre conlleva; una opción altamente probable en estos tiempos está siempre presente al arriesgarse al camino, carcome la profunda humanidad y sensibilidad del caminante, generando un miedo que, sobre todo en la noche, nos hace más humanos y terrenales:

Viajamos de noche, tristes, atormentados ante la idea de la muerte. Teníamos miedo. ¿Por qué tiene miedo don Benjamín? Para averiguarlo buscamos la oscuridad, reminiscencia de la penumbra en que estaba el confesionario del padre Cerón. En la oscuridad se examina mejor el alma. Nos miramos por dentro y vimos allí confusos sueños, formas de amor, ansias de riqueza y miedo a la muerte. (González 2016, p. 115)

[...] En Aguadas vimos un entierro. Ante la idea de la muerte cesa nuestro atrevimiento. Seis hombres llevaban el ataúd y ellos mismos eran el cortejo fúnebre. No había más. Lo único esencial en un entierro es el cadáver y el sepulturero. Las andas y el coche son accesorios; las lágrimas son un lujo; las mujeres enlutadas y los viejos barrigones que hablan de la brevedad de la vida son una gloria irónica para el muerto. La única escena de la vida en que la riqueza es una tontería sin sentido es un entierro. Ese entierro de Aguadas nos hizo experimentar el terror de la muerte porque allí no había sino el cadáver y el sepulturero. El cadáver tiene la inexpresividad absoluta; no se le puede aplicar ningún adjetivo; no está serio, ni triste, ni aburrido, ni inconforme; todas las cosas tienen un significado, menos los cadáveres. Un hombre muerto queda tan vacío que es un indicio aterrador de que su parte esencial se fue no se sabe para dón-

de. Este indicio es el que nos hace entrar a las iglesias, a las pagodas o a las mezquitas, a donde quiera que dicen estar el Dios escondido que tiene en su poder los destinos de eso que nos abandona con el último suspiro. Y el cadáver pesa más; al morir nos hacemos más terrenales; nos llama más fuertemente la tierra. (González, 2016, p. 109-110)

La mezcla de los nuevos vientos ideológicos europeos, en contraposición con las rancias doctrinas de la época de nuestro país, llegan a Colombia y dejan huellas indelebles en la emergencia de los nuevos círculos literarios, la pregunta fundamental por la vida y la muerte, esa bipolaridad y alteridad mundana, se traslapa con la pregunta sobre dios y el diablo, sobre la pregunta por el fin del existir, de la vida, el nihilismo de estar ahí y ahora, preguntas que desvelaban a las caóticas y arriesgadas propuestas freudianas y a otros intelectuales del momento:

Pero, ¿cómo nacieron los dioses? ¿Cómo nació el diablo? Allá, en las remotas edades en que nuestra mente era pre-lógica, cuando el hombre no estaba aún familiarizado con el principio de causalidad y en que cada fenómeno se producía por una voluntad oculta e inherente a las cosas, el hombre creó un monstruo, una divinidad monstruosa, que se llamaba el Tótem... ¿Quién era? Era la fuerza inmanente esparcida en los seres, el *mana* de los australianos y el *ka* de los egipcios. Era una fuerza, una voluntad, esparcida en todo; era lo que hacía germinar, lo que destruía, era la muerte y era la vida. Era una divinidad monstruosa. Allí estaban el Dios y el Diablo, que aún no se habían especializado en la figura benéfica y venerable del uno y en la atormentada y maligna del otro. Dios y el Diablo eran una sola persona, eran el Tótem de los clanes. Este Tótem causaba las muertes y las guerras; hacía productiva la caza, vencía al enemigo, alejaba la desgracia. El dios de los primeros hombres era también el diablo; era la fuerza que crea y la que destruye; la energía que hace germinar y la que produce la muerte. Al cabo de muchos años se individualizó el dios en forma de fetiche. (González, 2016, p. 122-123)

Finalmente, invita de nueva cuenta a beber y disfrutar de las mieles de nuestra tierra madre, de sus paisajes prístinos, de la poesía de la naturaleza obedeciendo el mandato rousseauiano de reconectarse abrazados más fuertes a

esa Pachamama quien nos da la vida, única realidad y mitigadora de la ley entrópica fatal de la muerte:

Algún día moriremos... ¿No será posible adoptar una posición decente para morir? Hagamos un paréntesis y hablemos de la muerte. Es propio del que está lleno de vida olvidar la muerte; es don de nuestra especie, y quizá de toda existencia, el sentirse eterna. Nosotros, el animal racional, sabe que morirá, pero no siente, no se acuerda, no cree que morirá. Y es natural y explicable, pues un lugar de llanto sería esta tierra si tuviéramos conciencia de la muerte. No se cumplirían, entonces, los deberes y finalidades de la vida, que son la felicidad. ¿Qué son unos ejercicios espirituales de San Ignacio? Consisten en traer a la conciencia la idea de la muerte, y lograr así vencer la vida compuesta de amor a la carne, compuesta de las sutiles sensaciones de los cinco sentidos. En el «Alto de las Alegrías», bajo los Yarumos blancos, cuando el sol descendía al Pacífico sin afañes, y cuando la tierra estaba tibia como virgen casta, y el viento hacía temblar las yerbas sensualmente y nos traía olores de todos los montes lejanos, nos acariciamos nuestras futuras barbas; echados allí en decúbito supino, y luego abdominal, y luego lateral, como el animal perfecto, sobre la tierra, para establecer el contacto con ella, que es todo lo real, que es nuestra madre y será nuestro sepulcro, cuna de nuestras transformaciones, nos acariciamos las barbas y filosofamos. (González, 2016, p. 147-148)

Finalmente, es Fernando González un verdadero «panida», un existencialista que escribe, sobre todo, el caos y la complejidad humana con su sangre en completa ebullición; un Prometeo que se arriesga, ante el castigo social, a buscar el juego prometeico del conocimiento y la libertad en un territorio de gamonales dueños de la tierra y la «verdad», incluso de la vida. Un Zaratustra antioqueño que dejará un gran legado para una nueva juventud intelectual en Colombia, a partir del cual muchos entusiastas seguirían soñando con un mundo más humano y justo –como serían, por ejemplo, los nadaístas– en este duro parto cultural e intelectual de nuestra sociedad, panida deviene en nadaísta, y el «Viaje a pie» marca el camino de nuestra revolución espiritual. Véanse las imágenes 3 y 4.

Imagen 3. Foto original del Viaje a pie, 1928, llegando a Aranzazu.



Fuente: Colección Archivo Casa Museo Otraparte. Fotografía enviada a Caminericolombia SAS para motivos editoriales y de promoción del Viaje a pie.

Imagen 4. Viaje a pie actual, desde la vereda El Higuérón, contemplando el cañón del río Aures, en Abejorral.



Fuente: Archivo fotográfico proyecto Viaje a pie de Camineríacolombia SAS.

## Otros proyectos de caminería literaria

El viaje a Balandú

*Madrugaba a ordeñar y sacar las camillas onde asoliaba el café, o cogía sus caminos estrechos hablando con los árboles, uno ya no entiende esta felicidad al ver la hojita nueva del frisol, y la espiga del maíz o el retoño de cada mata, o se quedaba mirando lomas y cañadas, lejos, con tiras de neblina, la dicha del hombre.*

(Mejía Vallejo, 1945. p. 194)

Los caminos narrados en los viajes de Manuel Mejía Vallejo (1945), en su búsqueda de Balandú, la patria madre de sus ancestros colonizadores en el suroeste de Antioquia, reconstruyen un realismo mágico atrapado en la montaña más alejada de nuestro país, con fantasmas vagabundeando en profundos canales, pueblos nómadas condenados a la suerte del tesoros malditos, y campesinos buscando escaparse del terror de la guerra y la hambruna de la montaña hacia selvas de cemento.

Comala, Macondo y Balandú se asemejan en ese universo perdido, pero presente en cada elemento de nuestros pueblos. Su búsqueda puede durar eternamente, pero no hay nada más cercano a nosotros; sus estructurantes e imaginarios reconstruyen, a cada momento, el sueño colonizador, la bipolaridad partidista, los pueblos maldecidos, el miedo a los espantos del camino, el amor a la tierra, el desarraigo hacia la ciudad amurallada y, a la vez, el deseo del retorno, representado por el cordón umbilical que nos une al campo, a la tierra, que es lo que seguimos siendo a pesar del desarrollo.

Caminería literaria, historia, hermosos paisajes rurales, patrimonio cultural campesino, legendarias tradiciones, gente solidaria, cálida y trabajadora, son algunos de los motivadores que nos convocaron para realizar este proyecto y seguir este camino literario. En especial buscamos las huellas del camino hacia Balandú, El Rosario, la Casa de las dos Palmas y Macanas, los cuales están profundamente enraizados en la obra de Manuel Mejía Vallejo, en límites de los departamentos de Antioquia, Caldas, Risaralda y Chocó, en Colombia. Además, este camino se conecta con otro inmerso en el conflicto reciente del pueblo colombiano, el Camino de la Oculta, de Héctor Abad Faciolince, un camino lleno de hermosos miradores, paisajes rurales y caminos ancestrales. Este camino atraviesa hermosas zonas boscosas y balcones naturales sin igual, ya

que normalmente sigue las cuchillas de las montañas, bordea profundos cañones, caminos que fueron testigos mudos de la pujanza de nuestros pueblos que forjaron su historia a lomo de mula entre agrestes montañas.

## Viaje de La Marquesa de Yolombó

*Lo que sufrí en ese monte con ese mal tan violento me parece que me ha de servir pa compurgar mis culpas. Ño Luna se fue, creo que hasta caliente con yo, porque le dije que no me hacía más sus remedios. Antoces le dije a los compañeros que yo era un pobre, pero que les daba una vaquita que tenía y lo que me debía el patrón, con tal que me sacaran al sitio, a ver si acaso alcanzaba a llegar con vida a mi casa. Uno d'ellos fue al molino a buscar socorro y dio la fortuna que topó allá al patrón que acababa de llegar. El patrón mismo vino aonde yo, mandó cortar guaduas y qu'hicieran una barbacoa con unos arcos de chusque; me pusieron en ella tapao con unos enceraos, y entre cuatro piones me trajeron en hombro al molino. ¡Antoces sí fue que me puse malo! Cada ratico me descargaban en el camino pa dame algún alimento; y en todo el medio día alcanzaron a sacame al alto del | Contento. Ai pasé la noche. Cuatro días andaron con yo a raticos, porque les daba un pesar de ver cómo me ponía; pero por fin me arrimaron a las | Animas a casa de un conocido mío. Ai nos topámos con el padre Inacito, que Dios tenga en su gloria, qu'iba a confesame; y, anque le parecí muy malo, dijo que d'eso no me moría, y que lo que tenía era debilidá. M'hizo matar gallina; y que me la comiera, anque fuera sin gana. Determinó que no siguieran con yo, porque en el estao en que yo me hallaba, era matame de una vez.*

(Carrasquilla, 1996, p. 105)

El maestro Tomás Carrasquilla, uno de los escritores más originales del habla española, ensayista, costumbrista y novelista etnográfico, relata de una manera sin igual, desde finales del siglo XIX, los paisajes que mitifican las huellas del oro, la panela y la marquesa de Yolombó, una gran mujer que fue patrona de minas de oro, manejó cientos de esclavos y fue precursora en derechos de estos, ya que les enseñaba a leer y les otorgaba la libertad.

Tomás Carrasquilla elevaría a lo más alto el nombre de las agrestes montañas de Antioquia con su estilo costumbrista. Precisamente, uno de los decanos de la literatura colombiana, Germán Arciniegas, coloca el nombre de Carrasquilla en lo más selecto de las letras hispanoamericanas:

Como hay en los montes de Antioquia filones de oro, el castellano hablado que trajeron los conquistadores y quedó como lengua única en nuestros pueblos, aquí se ha conservado más puro que en la propia Castilla. Un castellano del siglo de oro. Hoy los españoles que vienen después de cuatro siglos oyen con encanto palabras que ya se olvidaron en Castilla. Leyendo a Carrasquilla o a León de Greiff aprenden cosas que solo saben en España quienes se atreven a los clásicos. Granos de oro que reproducen las sorpresas de lo que encontraba en las minas don Segismundo. (Arciniegas, 1976, p. 20)

En este camino seguimos el antiguo camino de Nare, el cual conducía al río Magdalena, y es considerado uno de los principales de Antioquia desde la época colonial, en el cual permanecen las huellas de las mulas cargadas de oro, los mitos y leyendas de la cultura minera del nordeste, pero, sobre todo, sobrevive en el imaginario colectivo la memoria de la marquesa de Yolombó, expresada con lujo de detalles en el libro de Carrasquilla. Un camino engalanado con hermosos miradores de los paisajes de esta región.

## Conclusiones y futuro

El proyecto de caminería literaria viene realizándose desde el año 2008, como se anotó anteriormente. Nuestro grupo, desde sus inicios, acogió la caminería literaria como su razón de ser y empezó a educar a los caminantes y comunidad del camino sobre nuevos conceptos como barzonear, itinerarios culturales, paisaje y literatura, paisajes culturales y patrimonio del camino de la colonización, entre otros; se realizan tertulias camineras cada día durante los recorridos, donde participan comunidades locales, grupos de caminantes, grupos ambientalistas y culturales, y autoridades municipales, las cuales apoyan nuestra misión de difusión y rescate de la memoria cultural del Viaje a pie.

La suma de elementos que componen el camino, el caminante y su entorno, es lo que modernamente se conoce como «caminería». Según Criado de

Val, esta disciplina se aboca al estudio de las vías de comunicación en su relación con el medio geográfico y social, así como con las rutas físicas, históricas, económicas, culturales y literarias de los pueblos (1996). En el caso del Viaje a pie, el camino de Balandú y la marquesa de Yolombó siguen una densa red de caminos con raíces indígenas y de la conquista española, en Antioquia y viejo Caldas, modificados por el comercio y la economía, que convirtieron a la región en una de las más pujantes del país.

Con la llegada del ferrocarril estas vías se olvidaron, su importancia cultural y patrimonial no se divulga y no reciben mantenimiento. En el pasado fueron, en su mayoría, usados por arrieros y colonizadores, y aún hoy ofrecen al viajero una gran riqueza y variedad en su arquitectura, paisajes culturales y naturales, patrimonio que posibilitaría no solo salvaguardar nuestra memoria e identidad como pueblo, sino también ofrecer estilos de vida saludable y de turismo cultural sostenible, generando alternativas económicas para las comunidades alrededor del camino. Precisamente, este proyecto es multidimensional y está orientado a esta salvaguardia y rescate del valor de uso de todo el patrimonio inherente al camino.

Es la colonización un patrimonio indeleble en el alma y espíritu del pueblo antioqueño, con las peculiaridades de sus centros poblados, muchas veces construidos en vertientes donde no llegan sino las águilas o, donde para llegar, se necesitan capacidades simiescas, diría González en su viaje a pie. Con la vida de la sociedad que, poco a poco, iba convirtiendo los montes en ciudades, lentamente llegaban las adivinas, los arrieros, los guapetones, los buhoneros, los vendedores de todo, los organilleros, los yerbateros, los culebreros, entre otros, quienes conformaron este proceso colonizador.

Estos caminos, por topografía tan agreste, son los que permiten, después de ser adaptados al paso del humano y la bestia, la posibilidad de llegar a los lugares más agrestes. Los caminos se convierten en los grandes protagonistas de la novela colonizadora, pues permiten soñar con un futuro mejor, con un baldío que permita dar sustento a una o varias familias y «otear el universo», vislumbrar un futuro mejor para la descendencia. Por esto, el colonizador lo defenderá a fuego y machete. Las concesiones dadas a los terratenientes españoles siempre serán un obstáculo no menor a los fantasmas y mitos de los lejanos bosques, así como las fieras, serpientes y las plagas, y que no decir de ríos y quebradas en una geografía plagada de fallas geológicas por doquier. Precisamente este colonizador, de raíces hispánicas (es decir, célticas, romanas, tar-

tésicas, ibéricas, árabes, cristianas y judías), viene a estas montañas a continuar este proceso de hibridación biológica y, sobre todo, cultural con el indio y el negro, dejándonos un legado que, precisamente, aún hoy estamos en deuda de descubrir y poner en valor.

Hoy deseamos hacer una nueva colonización de estos caminos, aquella relacionada con sus tesoros literarios inherentes a las lecturas y creaciones del alma antioqueña, fuertemente anclada en sus escritores, viajeros y narradores.

## Referencias

- Arciniegas, G. (1976). *Antología de León de Greiff*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Botero, S. (2003). *Caminos ásperos y fragosos para los caballos*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Carrasquilla, T. (1996). *Cuentos*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República de Colombia. Recuperado de <<https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll9/id/11/rec/16>>.
- Criado de Val, M. (1996). *Caminería Hispánica. Actas del III Congreso Internacional de Caminería Hispánica - 1996*. Morelia: AACHE Ediciones.
- González, F. (2016). *Viaje a pie*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia. [Archivo PDF]. Recuperado de <[http://kimera.com/data/redlocal/ver\\_demos/RLBVF/VERSION/RECURSOS/REFERENCIA%20ESCOLAR/2%20BIBLIOTECA%20BASICA%20COLOMBIANA/Viaje\\_a\\_pie\\_BBCC\\_libro\\_pdf\\_30\\_.pdf](http://kimera.com/data/redlocal/ver_demos/RLBVF/VERSION/RECURSOS/REFERENCIA%20ESCOLAR/2%20BIBLIOTECA%20BASICA%20COLOMBIANA/Viaje_a_pie_BBCC_libro_pdf_30_.pdf)>.
- Gosselman, C. A. (1979). *Viaje por Colombia (1825-1826)*. Traducción de Ann Christien Pereira. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República.
- Mejía Vallejo, M. (1945). *La Tierra éramos nosotros*. Pensilvania: Universidad Estatal de Pensilvania.
- Muñoz, M. (2005). *Los caminos de Herradura y su sendero hacia vías carretables en Antioquia*. Medellín: Primer Congreso Internacional de Caminería, Medio Ambiente y Legislación Medellín.
- Ospina, W. (2006). Variaciones alrededor de un hombre. *Otraparte*. Recuperado de <<https://www.otraparte.org/fernando-gonzalez/vida/ospina-william-2/>>.